De MEDITERRÁNEOS de R. Chirbes (26 de enero de 2012)

En esta segunda reunión del Club de Lectura, el propósito se centraba en comentar un libro de viajes. Suponía un cierto reto: carecer del asidero de un argumento para entrar en la luz y la melancolía de una prosa que fluye siguiendo la mirada del viajero.

Pero la química de todos funcionó -o qué sé yo, y el entusiasmo volvió a ser el tono que envolvió a este grupo de lectores.

Todos los relatos o artículos engarzados al rumor del mar Mediterráneo, y en seguida vinieron los diferentes nombres: Benidorm, Creta, Roma, Venecia, Estambul; indudablemente -y más que nunca- se fundió la lectura personal con la evocación de aquel viaje hecho; o todavía en la estancia del deseo, en la estancia de lo realizable.

Lo tratado en el libro pertenece a una materia tan manida, pero el autor lo consigue, consigue alejar la prosa tediosa de una simple guía turística: para recalcar en sensaciones y espacios que llaman a la puerta íntima de cada uno y se produce el momento “*nescafé*” que algunos calificamos así, o el reconocimiento neoplatónico, expresión acuñada por algún crítico.

Nos movimos por preferencias, y hubo quien prefirió el artículo de Benidorm porque otorgaba supervivencia a quienes se entregaban al disfrute de la vida después de años de trabajo; o, en el caso de Denia, se señaló el valor de la gente; o la descripción de Venecia: la luz, las sensaciones, aquella plaza de San Marcos hizo que algunos expresaran “*lo mismo sentí cuando hace años...*”. Otros, en cambio, confesaron haber vivido esa tristeza típica de Roma que constata el autor “*Roma siempre activa dolorosamente en el viajero ese virus de la melancolía*”.

Desde el viajero se construye el relato y observamos que este viajero: siempre llega a los sitios solo, siempre está en la habitación

del hotel solo, siempre contempla los atardeceres y cielos solo, se sienta en las terrazas o cafés siempre solo y apenas habla con nadie. Y es sólo viajero y no tiene nombre. Pero esta soledad es una soledad creadora, quizá la connatural al hecho estético. Convinimos en considerar “al viajero” como la mano que nos había llevado por las páginas situando el viaje como una de las grandes experiencias vitales.

Otros se detuvieron en Estambul: Europa, Asia, el Bósforo y los palacios al estilo de San Petersburgo. Quienes habían viajado no perdieron la ocasión de referir la inmensa belleza de esta ciudad, quienes seguimos imaginándola, emerge con fuerza cuando leemos estas líneas. Alguna intervención señaló cierta imprecisión histórica en los datos aportados, y expresó cierta nostalgia por una cultura europea tan velada, por un pasado tan escondido, y a la vez de tanta ostentación; quizá entrevimos esas contradicciones a las que alude Pamuk en su novela Estambul, pero todos terminamos poniendo el énfasis en la desmedida y exagerada belleza de la ciudad.

Casi sin tiempo, Creta nos pedía sitio, y una última intervención no pudo dejar de referirse a Creta como lugar donde se brinda al lector un destello de esperanza:

“De la antigua cultura de la isla, se dejó fascinar por un pendiente que representa a dos abejas de oro entrelazadas, por un pájaro azul pintado al fresco, y, sobre todo, en el museo de Khandia, por una diminuta terracota, apenas más grande que el dedo pulgar: una frágil cabeza de mujer misteriosamente conservada, tocada con un elegante sombrero que aún mantiene, como el rostro, restos de pintura. Bastaba que alguien apretara entre sus dedos aquella hueca figurita de barro para que se hiciera polvo. Y, sin embargo, había resistido el paso de dos mil quinientos años y estaba allí, guardada en una vitrina, contándoles a los viajeros algo lejano y misterioso que ellos notaban que seguía vivo en su interior. ¿Qué era? ¿De qué les hablaba? Seguramente les enseñaba que si nadie hubiera moldeado aquel modesto pedazo de barro, ellos serían otros, sin

duda peores, y que mientras aquel trozo de barro siguiera allí detrás de la vitrina hablándole a alguien aún quedaba un destello de esperanza.”

No es por nada pero creo que salimos animados, a pesar del frío que hacía en nuestra ciudad.